

## DUODECIMO PERIODO

### LA ANARQUIA MILITAR (235-268). COMIENZOS DE LA DECADENCIA

#### CAPITULO XCIV

##### SIETE EMPERADORES EN CATORCE AÑOS (235-249)

I. — MAXIMINO (235-238) — GORDIANO I Y GORDIANO II. PUPIENO Y BALBINO (238).

Habiendo abandonado el servicio militar la aristocracia romana y la nobleza provincial, los hijos de los bárbaros entraron en él, y al llegar á los grados superiores, disponían de las tropas y por consiguiente del imperio. He aquí cómo lo consiguió un tracio en quien se reunían muchas barbaries. Por su padre, Cayo Julio Vero, Maximino era geta, y por su madre alano. Cuando de regreso del Asia en 202, pasó por la Tracia Severo, hubo de dar en una fiesta juegos militares. Maximino, famoso ya por su hercúlea fuerza entre sus compañeros, se puso á luchar con los más forzudos esclavos del ejército y sucesivamente dió en tierra con diez y seis. Esta hazaña le valió honrosa plaza de soldado, y á los tres días, viendo al emperador al galope de su caballo, hubo de seguirlo á pie. Le gustó al príncipe esta rápida carrera y le propuso luchar otra vez á pesar de su fatiga. Inmediatamente derribó en la prueba, uno tras otro, siete de los más robustos soldados. Esta vez obtuvo Maximino un collar de oro y el honor de ser admitido en la guardia.

El nuevo Ajax, que era tan bravo como fuerte, hizo rápidos adelantos, pero no quiso servir á Macrino que había dado muerte al hijo de su bienhechor, ni á Heliogábalo, á quien despreciaba; dos buenos sentimientos que hay que tenerle en cuenta.

Volvió al ejército en tiempo de Severo, el cual le nombró tribuno laticlavio, y ya sabemos lo demás. Cansados de un príncipe llevado con andadores por su madre, quisieron las tropas por jefe un verdadero soldado y eligieron al hombre que tenía todas sus cualidades exteriores, fuerza, valor, agilidad, destreza (1). Su hijo Máximo apenas tenía veinte años y los soldados lo proclamaron César y príncipe de la juventud.

La nunca vista fortuna que favorecía á Maximino, no le quitó el sentimiento de su indignidad y entró en desconfianza de todos los que poseían lo que no había tenido él nunca, antepasados, nombre, educación, riqueza. Ni se atrevió á venir á Roma: aquella ciudad llena de recuerdos, aquel senado en que no había entrado aún y que era siempre sombra de una gran cosa, intimidaban al bárbaro. Los amigos, los consejeros de Alejandro, todos sus familiares y entre ellos muchos cristianos fueron desde luego desterrados ó muertos; después una conspiración falsa ó verdadera costó la vida al patricio Magno, personaje consular, y á muchos otros.

(1) Hacemos caso omiso de extravagantes narraciones sobre su fuerza y voracidad, que no podrían admitirse sin admitir en Maximino la polifagia, caso morboso de que se encuentran singulares ejemplos. V. Letourneau: *Physiologie des passions*.

El ejército tenía muchas tropas de origen asiático y africano, arqueros de Osroena y de Armenia, mauritanos, partos que habían huido de la dominación pérsica, todos ellos devotos de la dinastía proveniente de Emesa y de Leptis. El elegido por los panonios, el asesino de Alejandro, les era doblemente odioso; y queriendo derribarlo, proclamaron emperador, á pesar suyo, á un consular, á quien asesinó uno de sus mismos amigos por despecho de no haber tenido él la preferencia.

Este asesinato desorganizó la rebelión, por cuya causa cayeron nuevas víctimas, y Maximino se dió prisa á buscar en una victoria sobre los germanos la consagración de su poder.

Estos bárbaros no podían resistirse á un ataque serio. Abandonando á los romanos sus mieses y sus viviendas de madera, que fueron quemadas, se refugiaron en sus bosques, adonde se creían seguros, y en los pantanos, cuyos sitios practicables sólo ellos conocían; pero Maximino los persiguió en su refugio, mató buen número de ellos y envió al senado, con los partes de su victoria, un cuadro que lo representaba combatiendo á sus enemigos á caballo medio hundido en los pantanos. Suponía haber recorrido el país en un espacio de 400 millas. Otras guerras, que no conocemos, le valieron los títulos de Dácico y Sarmático.

Desde Sirmio, de que había hecho su centro de operaciones, vigilaba la línea de los Cárpatos y se proponía penetrar hasta los mares del Norte: aquel hijo de los godos quería sofocar la barbarie de que había salido.

Semejante designio y su vida pasada en los campos del Danubio en rigurosos climas, dan á este advenedizo cierta grandeza fiera. Pero los senadores, ociosos en la curia, los enervados de Roma, de Alejandría y de Antioquia, que desde el fondo de sus suntuosas villas no veían los peligros que encerraba el Norte, y el populacho privado de sus acostumbradas diversiones por un príncipe que sólo pensaba en la guerra, se indignaban de la afrenta hecha á la púrpura imperial, y lo llamaban Cíclope, Busiris, bestia brava; á ojos vistas burlábanse de él, en alta voz hacían votos por su muerte, y en el teatro, declamaban los actores versos en que se decía: «El elefante es grande y se le mata; el león es fuerte y se le mata; el tigre es terrible y se le mata. Guárdate de todo el mundo, tú que no temes á nadie, pues lo que uno solo no puede hacer, lo harán muchos reunidos.»

El rudo soldado pagaba desprecio con desprecio á unos afeminados que no podían manejar la espada, á unos miserables que vivían de la espórtula y de los espectáculos y no habían visto correr más sangre que la de los viles gladiadores, y el emperador contestaba á las burlas con sentencias. A pesar de los esfuerzos de la emperatriz, que en vano se empeñaba en ablandar aquella dura índole, los

asesinatos y confiscaciones se multiplicaban diariamente, y el odio crecía á proporción contra el trace fiero que se atrevía á decir públicamente que no se podía gobernar sino á palos semejante imperio.

Por donde quiera sentía Maximino este odio, hasta en las lisonjas lo veía palpar, y más y más hervía su sangre al rescoldo terrible de dos odios, el propio y el ajeno. Los mismos que le habían ayudado en su fortuna venían á ser sospechosos, culpables á lo menos de haber conocido sus míseros comienzos, y no queriendo ya el príncipe tan incómodos testigos de su oscuridad, se los quitaba de delante haciéndoles desaparecer para siempre.

Como no había salvación para él sino en el ejército, le dió oro á manos llenas, y como el del Estado no bastaba, saqueó las ciudades y los templos, fabricó monedas con las estatuas de los dioses, confiscó los fondos destinados á los espectáculos y á las distribuciones, habiendo sacrificado á muchos ciudadanos que intentaron hacer respetar la inviolabilidad de sus dioses. Con esto se hacía inevitable una catástrofe, y los pueblos creyeron que infaliblemente la anunciaba un eclipse de sol ocurrido por entonces.

Por los medios de febrero del año 238 (1) hubo de producirse un tumulto de gente rústica en Africa. Uno de los agentes más odiosos de aquella tiranía fiscal, el procurador de la provincia de Cartago, había condenado á muchos propietarios de Tisdro á ruinosas multas. Estos solicitaron un plazo de tres días y lo aprovecharon en llamar del campo á sus colonos, que entraron de noche en la ciudad, armados de palos y hachas ocultas bajo el vestido.

Al amanecer invaden los conjurados con esta gente armada la casa del procurador y le dan muerte, y después, corren á buscar al procónsul, que á la sazón estaba en Tisdro, y haciéndole de una bandera un manto imperial, lo proclaman Augusto mal de su grado.

Gordiano era el más noble personaje del imperio, pues se le creía descendiente de los Gracos; y su madre Ulpia Gordiana venía de la familia de Trajano; sobre esto se había casado con una biznieta de Antonino Pio. Era además letrado, poeta y hombre de bien; tenía inmensas riquezas, pero también ochenta años, y satisfecho de haber atravesado tantas revoluciones sin dejar en ellas la vida ó la hacienda, aquel lector asiduo de Platón y Aristóteles, de Cicerón y Virgilio, no deseaba más que acabar en paz sus días (2). Pero no se le dejó libre la elección. Por otra parte, tocar la púrpura imperial, siquier fuera momentáneamente, era como en otro tiempo llevar la mano al Arca de la alianza: era como tocar á la muerte.

(1) Este período ofrece grandes dificultades cronológicas, que han resuelto Eckhel (VII, 293 5) y Borghesi (*Sull. imp. Pupiano*, en sus obras, V, p. 488 y siguientes) y sobre todo, L. Renié. En su memoria sobre las inscripciones de los Gordianos, establece además que Capeliano mandaba en Numidia y no en Mauritania, como siempre se había creído; que la legión III.<sup>a</sup> Augusta fué licenciada después de su derrota, que el verdadero nombre de Balbino era *Décimo Celio Galvino Balbino*; en fin, que un rescripto inserto en el Código (II, 10, 2), prueba que Pupieno y Balbino murieron antes del 10 de las calendas de julio, ó el 22 de junio. En la reorganización del Africa por Gordiano III quedó suprimida la legación de Numidia, y la Mauritania Cesariana vino á ser, hasta Valeriano, provincia pretoriana gobernada por un legado que mandó todo el ejército de las provincias africanas.

(2) Había escrito en verso una *Antoniniada*. Capitolino describe así uno de sus palacios: «En su villa, que existe aun en la vía Prenestina, se ve un templo tetrastilo de doscientas columnas, de ellas cincuenta de mármol de Caristo, cincuenta de mármol Claudiano y otras tantas de mármol de Numidia; tres basílicas de cien pies de longitud y termas sólo inferiores en belleza á las de Roma» (*Gord.* 32). «Durante su edilidad, dió á sus expensas doce espectáculos, uno mensual, en que lucharon hasta mil gladiadores, y nunca menos de 300. Una

Gordiano tuvo que aceptar, y Cartago, que no había visto cosa de emperador desde Adriano, recibió con entusiasmo al nuevo Augusto. Se asoció á su hijo, que era uno de sus legados, y despachó sin demora emisarios á Roma con cartas para los cónsules, el senado, el pueblo, los pretorianos, y sicarios para el prefecto del pretorio, ministro implacable de las crueldades de Maximino. Llevaban también la falsa noticia de que este emperador había sido asesinado en su campamento de Panonia.

Sorprendido el prefecto, murió á manos de los sicarios en su mismo tribunal, y Gordiano, en su carta al senado declaraba que se sometía á la decision de la augusta asam-



Máximo, hijo de Maximino (3) (Villa Albani)

blea. Desde los verdaderos Antoninos, los Padres conscriptos no habían oído este lenguaje. Esto les dió aliento y resolución, y antes de cerciorarse de si efectivamente estaban ó no vacantes los títulos imperiales los traspasaron á los Gordianos en una sesión secreta (primeros de marzo de 238).

El pueblo estuvo esta vez de acuerdo con el senado: un príncipe que se desdénaba de vivir en Roma les parecía que faltaba á todos sus deberes; se alegró de la supuesta muerte de Maximino y aclamó á los emperadores que los Padres conscriptos le habían dado.

Pero la revolución habría perdido todo su interés si se hubiera limitado á meros decretos: una reacción sangrienta

vez hizo saltar en el anfiteatro cien fieras de la Libia; otra vez hasta mil osos. En el sexto espectáculo abandonó al pueblo doscientos ciervos, treinta caballos salvajes, diez alces ó dantas, cien toros de Chipre, trescientos avestruces, treinta onagros, ciento cincuenta jabalíes, doscientas gamuzas y doscientos gamos (*Ibid.* 3).

(3) Estatua en mármol griego, cuya cabeza antigua está trasformada.

hizo perecer á los oficiales, partidarios del tracio y delatores que habían servido su crueldad. Con este pretexto, cada cual se desembarazó de sus enemigos; los deudores, de sus acreedores, y el prefecto de la ciudad pereció en uno de estos tumultos.

Entre tanto habían partido mensajeros para hacer entrar á las provincias en el movimiento de Roma y de Cartago. Sus despachos en nombre del senado y del pueblo romano exhortaban á los pueblos á socorrer á la patria común y á reconocer á los dos príncipes que acababan de libertar á la tierra de un bruto fiero (1).

Maximino se burló al principio de los *nuevos cartagineses*, y prometió á sus soldados que esta insurrección sena-



Maximino el Germánico (2)

torial les valdría un rico botín. En efecto, no había en Cartago ningún Aníbal, y cuando el legado de la Numidia, Capeliano, llegó de Lambesa y de Teveste, con su legión III.<sup>a</sup> *Augusta*, los ciudadanos que habían salido á su encuentro pusieron pies en polvorosa á la aparición de los primeros jinetes y en su precipitada fuga se aporrearon en las puertas (3). Gordiano, el joven, pereció en la refriega, y en su desesperación su anciano padre se colgó: habían reinado un mes y algunos días.

Esta noticia llevó la consternación á Roma. Pero comprometido en tan grave aventura, el senado no podía ya retroceder, y era preciso que fuera la víctima ó el victorioso.

Ideas que tomaron cuerpo más tarde germinaban á la sazón. En tiempo de Caracalla, había creído Herodiano que era posible la división del imperio, y en la deliberación que se abrió después de la llegada del correo de Africa, un senador pidió el nombramiento de dos emperadores, uno que se quedara en Roma para los negocios civiles y otro que se pusiera al frente del ejército para las operaciones militares: era el primer boceto del sistema de Diocleciano.

El parecer prevaleció y el senado proclamó dos Augustos, Pupieno (4), hombre de guerra, y Balbino, que se había distinguido en la carrera civil. Para que sus poderes fueran absolutamente iguales, les dió á los dos el título de pontífices máximos, que nunca se había dividido, y también el de divinos ó divos, *divi*, á los dos Gordianos.

Enfrente del Capitolio, donde deliberaba el senado, se había reunido inmenso gentío, y á la noticia de las resoluciones tomadas, se alzaron violentos clamores, sobre todo

(1) El despacho se dirigía *proconsulibus, praesidibus, legatis, ducibus, tribunis, magistratibus, ac singulis civitatibus, et municipiis et oppidis et vicis et castellis* (Capit. Max. 15). Los dos Maximinos fueron al mismo tiempo declarados enemigos públicos, prometiendo buena recompensa al que les diera muerte (*Ibid.* 16).

(2) Busto laureado de Maximino. En el reverso, Maximino y su hijo, de pie, sosteniendo una victoria; entre ellos dos cautivos de rodillas (Bronce del gabinete de Francia).

(3) Capitolino (*Max.* 19) habla, sin embargo, de una *pugna acerrima*.

(4) *M. Clodius Pupienus Maximus*. Balbino pretendía descender del gaditano Balbo, amigo de Pompeyo y de César, y se llamaba *Decimus Caelius Balbinus*.

contra Pupieno que, gobernador de la ciudad, había reprimido con mano fuerte esas infracciones de policía que el pueblo ínfimo comete ó excusa tan fácilmente. Así, cuando los nuevos emperadores quisieron trasladarse al palacio imperial, fueron rechazados con su séquito al Capitolio.

Siendo muy ricos los Gordianos, tenían muchos amigos que se habían propuesto explotar su reinado. De esta familia quedaba un niño, nieto por su madre del próconsul de Africa, el cual nieto se hallaba á la sazón en Roma. En el momento de la elección de su abuelo y de su tío, le había conferido el senado la pretura y el título de César, bien que no tuviera más que doce años de edad. Después de la catástrofe de Africa, necesiándose hombres, se echó en olvido al niño. Pero los interesados no lo olvidaron ni mucho menos, y amotinando á la muchedumbre, obligaron al senado á renovar el decreto que nombraba César al joven Gordiano.

Roma tenía pues tres emperadores y necesariamente había de venir la guerra civil. Maximino no había dejado en la ciudad más que los veteranos del pretorio, y esta soldadesca, cuya insolencia hemos señalado más de una vez, era siempre mal vista de la nobleza y del populacho. Un día dos de estos soldados entraron sin armas y por mera curiosidad en el templo donde los Padres deliberaban y pasaron del altar de la Victoria, lo cual era un desacato.



Tisdro (*El-Djem*), vista de una galería circular del anfiteatro ó coliseo

Todavía añadieron algunas risotadas irreverentes y algunas palabras de amenaza en nombre de su príncipe, cuando un senador indignado les dió de puñaladas allí mismo; después se lanzó á la plaza pública y mostrando su mano ensangrentada gritó diciendo que era menester exterminar á los enemigos del senado y del pueblo romano.

El populacho persiguió entonces á los soldados dispersos por la ciudad y muchos perecieron á sus manos; otros lograron salvarse corriendo á encerrarse en su campamento, que los gladiadores de los magnates en vano quisieron forzar: aquellos veteranos resistieron todos los asaltos del populacho y aun hicieron mortíferas salidas.

Para calmar los ánimos, multiplicaba y repetía Balbino sus edictos y ruegos personales; pero lo rechazaban del combate á pedradas y aun á palos, sin quererle mal. Era una guerra privada entre el campamento y la ciudad, como se han visto ya y como se verá siempre en los gobiernos militares. Los ciudadanos cortaron en fin los conductos que suministraban agua al campamento, á fin de obligar á los pretorianos á abrir sus puertas.

Abrieronlas, en efecto, acosados por la sed; pero no para rendirse, sino para caer á punta de lanza sobre la multitud á la cual rechazaron á la ciudad, donde con más coraje continuó la lucha. Abrumados por las piedras y tejas que les arrojaban de lo alto en las calles angostas, los pretorianos pegaron fuego á las casas, y en medio del incendio, que devoraba gran parte de Roma, se reconciliaron populacho y soldadesca pillando de concierto lo que se había escapado de las llamas.

Encontrábase Maximino en la misma posición en que Severo se encontrara cuarenta y cinco años antes; pero no mostró la previsión del africano y su ejército, sin víveres preparados en el camino que debía seguir, avanzaba con mucha lentitud. Verdad es que la actitud de los provinciales no era la misma: los habitantes huían á la aproximación de los bárbaros que Maximino traía consigo y las ciudades en que entraban hallábanse desiertas, sin gentes ni provisiones.

El senado tuvo pues tiempo suficiente para hacer levas en Italia, fortificar las plazas, cortar los caminos, etc. Al mismo tiempo, la flota de Rávena había remolcado ó destruído todas las barcas del litoral y no dejaba llegar nada por el Adriático al ejército de Panonia.

Veinte consulares se habían dividido la Italia para hacer de ella como una fortaleza, y desde Rávena, donde reunía su ejército, Pupieno lo dirigía todo. Esta ciudad, la Venecia de los romanos, le daba una excelente posición estratégica: desde ella vigilaba toda la alta Italia y el curso inferior de sus dos grandes ríos, el Po y el Adige; su flota lo mantenía en comunicación con Aquilea y él cubría el camino de Roma.

Los italianos se prestaban de buen grado á estos preparativos, creyendo combatir por la antigua gloria de la patria contra una nueva invasión de bárbaros cimbras. La religión hacía hablar á los dioses y los arúspices de Aquilea habían declarado que Beleno prometía la victoria.

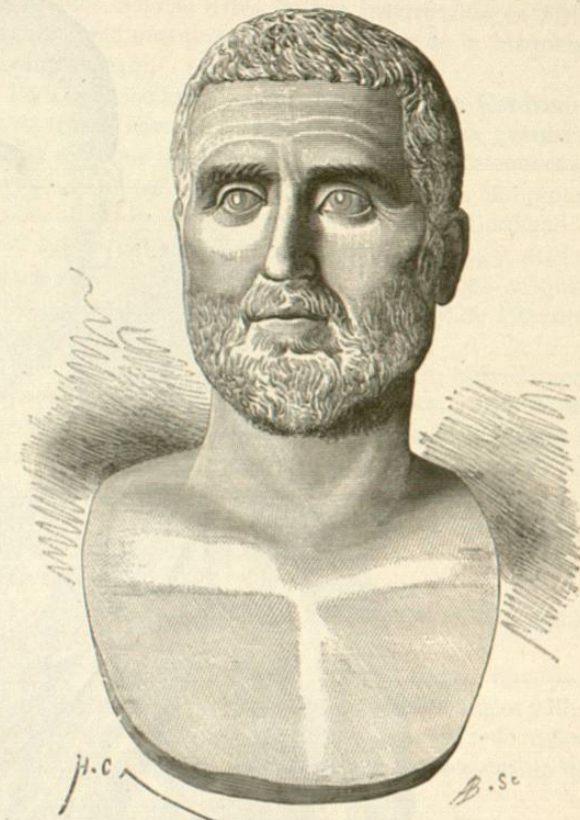
Por otra parte, llegaban muy buenas nuevas de las provincias. La mayoría de ellas se habían pronunciado por el senado y las legiones fieles, sobre todo, las del Rin, que Pupieno había mandado, le enviaron algunas tropas que le sirvieron de base ó cuadro para formar un ejército de reclutas.

En Africa, Capeliano, después de su victoria de Cartago, había saqueado la provincia en provecho de sus soldados, para preparar su elevación, si Maximino sucumbía en la lucha. Pero el gobernador de Mauritania lo venció y le dió muerte. Con esto fué disuelta la levantisca legión III.<sup>a</sup> *Augusta*; se borró su nombre de los monumentos que había levantado y sus restos fueron relegados á la Recia. Maximino pues quedaba completamente aislado.

Cuando llegó á orillas del Isonzo, aumentado su caudal por el deshielo de las nieves, corría amplio y violento, y

además estaba ya cortado el magnífico puente de piedra que lo ceñía. El ejército pues tuvo que hacer allí alto y esperar muchos días hasta que se construyeron balsas con toneles y tablas que se encontraron en las casas abandonadas.

A la otra margen, á algunas millas tierra adentro, se extendía Aquilea, la verdadera puerta de Italia en aquella región. Que la tomara Maximino, ó que por consentimiento de sus habitantes la atravesara con su gente bárbara y famélica, la grande y rica ciudad estaba perdida. Por eso



Gordiano el Viejo (Busto del Capitolio, sala de los Emperadores, número 64).

aquellos descendientes de los colonos romanos se decidieron á hacer desesperada resistencia. Habían cerrado ya las brechas de sus murallas, recogido inmensas provisiones y hasta fabricado armas é ingenios de guerra. Renovando históricos ejemplos las bravas mujeres aquileyas dieron para los usos de la guerra sus largas matas de pelo y ellas también se aprestaron á la resistencia. Dos consulares, uno de ellos antiguo caudillo de Mesia, muy hábil en arte bélica, dirigían la defensa. Tenían pocos soldados, pero la población entera guarnecía las murallas y los más bravos de las cercanías habían acudido también en ayuda de la plaza.

Con tal decisión y tanto aliento, fueron rechazados victoriosamente todos los asaltos: una lluvia de inflamada pez atajaba los ímpetus de las columnas enemigas, y desde lo alto de los muros lanzaban las balistas dardos provistos de materias incendiarias que prendían fuego á las máquinas de los sitiadores.

El fiero Maximino desfogaba la cólera que encendían también en su ánimo estos reverses castigando de muerte á los jefes que no conducían las cosas á su gusto. Con esto, no se tardó mucho en murmurar dando por injustos y crueles sus castigos; por otra parte faltaban víveres y el ejército no veía llegar convoyes ni tropas de refuerzo: todo el imperio parecía enemigo y el príncipe no era de los que dan valor para combatir contra tantas dificultades.

Los soldados de la legión II.<sup>a</sup> *Pártica* eran los más revoltosos. Sus mujeres, sus hijos y sus bienes abandonados en Albano, se hallaban á merced de los contrarios, y para salvarlo todo cortaron por lo sano degollando en un tumulto á Maximino y á su hijo. Su reinado duró tres años y algunos días (238) (1).

El ejército entonces solicitó entrar en la plaza; pero los aquileenses se guardaron muy bien de abrirles sus puertas, limitándose á echarles víveres desde lo alto de las mura-

llas, por su justo precio; y luego, con menos desconfianza, establecieron mercados á las puertas, donde se vió el extraño espectáculo de un ejército sitiador mantenido por la plaza sitiada.

Pupieno acudió de Rávena y se presentó en medio de este ejército sin cabeza, les tomó el juramento de fidelidad á los tres emperadores de Roma, y envió estas tropas á sus acantonamientos, después de haber pagado largamente, como convenía, el precio de la sangre.



Gordiano el Joven (Busto del Capitolio, Sala de los Emperadores, núm. 65)

Durante estas peripecias, el senado había vivido en ansiedad mortal. Así, su alegría fué tan grande como había sido su terror, y la manifestó públicamente con actos de gratitud para con los dioses y los emperadores: consagró á los unos solemnes hacimientos de gracias y hecatombes; y á los otros, vencedores en el combate, trofeos, carros triunfales, estatuas ecuestres doradas, y por hacer algo nuevo, estatuas llevadas por elefantes.

Luego que cesó el ruido de las aclamaciones y se extinguió el fuego de los sacrificios, reflexionó friamente Pupieno sobre la situación y la encontró todavía llena de peligros. «¿Cuál crees que será nuestra recompensa por haber libertado á Roma de un monstruo? preguntó un día á su

(1) Maximino tenía 65 años (*Cron. de Alex. ad ann. 238*, y *Zonar. An. XII, 16*). Los autores eclesiásticos (Eusebio, *Hist. eccl. VI, 28*) ponen en este reinado la sexta persecución. Sulpicio Severo no la conoce, hablando sólo de algunos sacerdotes perseguidos (*Hist. sacr. II, 16*):...*nonnullarum ecclesiarum clericos vexavit*. La persecu-

ción debió limitarse á algunas violencias locales, en Capadocia por ejemplo, cuyo obispo era Firmiliano. Cf. Cipriano, *Ep. 75*: *erat trans-eundi facultas eo quod persecutio illa non per totum mundum, sed localis fuisset... ut per Cappadociam et Pontum*; y la Iglesia no tiene en este reinado mártires auténticos: Eusebio no cita ninguno.

colega. — El amor del senado, del pueblo y del género humano, contestó ingenuamente Balbino. — No, repuso el viejo soldado; no será sino el odio del ejército. Y vió las cosas claramente. Los dos emperadores vivieron al principio en buena inteligencia; para probar su concordia hicieron acuñar monedas representando dos manos enlazadas con estas leyendas: *patres senatus, amor mutuus; fides mutua*. Pero Balbino desdeñaba el oscuro origen de Pupieno, y éste le molicie de su colega, y al cabo de algunos días se miraban con desconfianza. Era difícil que la combinación imaginada por los Padres diera otro resultado, ni que este resultado dejara de producir una catástrofe á la corta ó á la larga.

ción debió limitarse á algunas violencias locales, en Capadocia por ejemplo, cuyo obispo era Firmiliano. Cf. Cipriano, *Ep. 75*: *erat trans-eundi facultas eo quod persecutio illa non per totum mundum, sed localis fuisset... ut per Cappadociam et Pontum*; y la Iglesia no tiene en este reinado mártires auténticos: Eusebio no cita ninguno.

## II. — GORDIANO III (238-244)

En algunos meses perecieron seis emperadores: sólo quedaba un niño, Gordiano III (3). Los asesinos se lo llevaron á su campamento. En otro tiempo lo habían hecho César por odio á Pupieno y á Balbino, y cuando quedó solo, con el mismo derecho lo hicieron Augusto. Un príncipe de doce á trece años era el jefe que les convenía. Entre tanto, fatigado de las últimas conmociones, reposaba el imperio algunos años. Sólo se habla de una insurrección en Africa, que apaciguó muy pronto el gobernador de la Mauritania Cesariana (240).

Pero las cosas tomaban mal giro en la corte. Gordiano II había tenido hasta veintidós concubinas: para guardar su harem tuvo que recurrir al uso oriental de los eunucos, y su sobrino heredó esta peligrosa servidumbre. Mal protegido por su madre contra eunucos y libertos, Gordiano los dejó dueños del palacio y del tesoro, que unos y otros tomaron al pillaje, hasta el año 241 ó 242, época en que el príncipe tomó por esposa á Tranquilina, hija de Timesiteo, á quien nombró prefecto del pretorio.

Este Timesiteo que había desempeñado honradamente importantes empleos de hacienda pública, y más de una vez funciones de gobernador de provincia, *vice praesidis*, resultó ser un hombre, y con su justificación y energía hizo volver á las sombras á los que no debían haber salido nunca de ellas. Una de sus cartas á Gordiano muestra la extensión del mal y la energía del remedio.

Hela aquí:

«A Augusto mi señor y mi hijo, Timesiteo su suegro y su prefecto.

»Es para nosotros motivo de grande alegría verte ya libre de la vergüenza de aquel tiempo en que eunucos y libertos á quienes tenías por amigos, hacían de todo infame tráfico; y nuestra alegría es tanto más íntima, cuanto que



Los dos Gordianos proclamados dioses (4)

tú mismo celebras tan dichoso cambio; lo que prueba, hijo y señor mío, que no autorizabas tú semejantes abusos. En efecto, no se podía tolerar por más tiempo que libertos y

*potuit dogmata quam nostra firmare*. Las letras iniciales de los veintiséis últimos versos de una de estas piezas forman las palabras siguientes: *Commodianus mendicus Christi*. Otro ejemplo de estos acrósticos, con una prosodia y una métrica bárbaras, se encuentra en una inscripción de la Argelia (Renier, n.º 2074).

(3) Muchos le dan once años; algunos, trece; Junio Cordo, diez y seis (Capitolino, *Gord. 22*).

(4) Medallón de bronce acuñado en Ege de Cilicia, confirmando la apoteosis decretada por el senado en honor de los dos Gordianos: *quos ambo senatus augustos appellavit, et postea inter divos retulit*. En el anverso, cabezas laureadas y de frente, representando á los dos Gordianos, padre é hijo, con esta leyenda en griego: *Dioses Gordianos, venerables, romanos, africanos, augustos*; y en el reverso, un águila sobre un altar, y esta leyenda: «Los habitantes de Ege, severianos, adrianos, ciudad *neocora* (que tiene un templo de los Augustos) y *navarquida* (que tiene un arsenal marítimo) el año de Ege 284» (238 de nuestra era).

Los pretorianos sufrían con sorda cólera «á los emperadores del senado,» y su odio crecía en proporción de las aclamaciones con que los Padres conscriptos saludaban á los elegidos del consejo supremo de la república. Temían que se renovara contra ellos la ejecución hecha por Severo de los pretorianos de Juliano. En un senadoconsulto se tuvo la imprudencia de decir: «Así obran los príncipes nombrados por los hombres prudentes; ¡y perezcan los príncipes elegidos por gente sin experiencia!» Era una bravata y los soldados la recogieron.

Un día que los juegos escénicos habían atraído fuera del palacio buen número de sus guardias ordinarios, los preto-



Inscripción única de Gordiano el Viejo. Museo de Burdeos (1)

rianos acudieron á él. Sin demora quiere Pupieno llamar á la guardia germana; pero Balbino que teme una traición de su colega, se opone á ello. Mientras pierden tiempo preciosos en la disputa, fuerzan los pretorianos las puertas, prenden á los dos príncipes y los arrastran afuera y los llevan por en medio de la ciudad entre mil ultrajes y descalzos: «¡He aquí, gritaban con befa, he aquí á los emperadores del senado y del pueblo romano (2)!»

Su intención era llevarlos á su campamento para gozarse en la lenta agonía de los príncipes; pero acercándose la guardia germana para libertarlos, les dieron muerte y abandonaron sus cadáveres en medio del camino (junio 238).

Menos de cinco meses habían bastado para la consumación de la triple y sangrienta tragedia de que habían sido teatro Roma, Cartago y el campamento de Aquilea. La restauración senatorial había durado exactamente el tiempo necesario para que el soldado volviera de la sorpresa que le había causado una empresa tan audaz, y no podía durar más, porque el senado no tenía ni la fuerza de la opinión ni la fuerza material: el poder no estaba en sus manos; estaba en otra parte. De Cómodo á Diocleciano, los verdaderos dueños del imperio fueron los soldados, y las desgracias de esta dominación sólo fueron conjuradas momentáneamente, cuando el ejército tuvo á su frente jefes á la vez enérgicos y hábiles, como Severo, Aureliano y Probo. La constitución del imperio exigía, para prosperar, que tuvieran siempre el timón de la nave del Estado grandes príncipes. Pero la naturaleza no es tan pródiga de hombres superiores, ni la sabiduría humana había suplido con buenas instituciones lo que no daba la naturaleza.

(1) Según la restitución de M. Robert, del Instituto, en el tomo IV de las «Memorias de la Sociedad arqueológica de Burdeos.»

(2) Con el reinado de Pupieno y Balbino termina la obra de Herodiano, que á pesar de todos sus defectos, era muy útil para ilustrar esta época tan pobre de escritores. Mencionemos en este año de 238 la publicación del libro de Censorino, *de Die natali*. Por este tiempo también, Comodiano, el más antiguo de los poetas cristianos, escribía sus *Instrucciones*, ochenta piezas de versos bárbaros. Su *Carmen apologeticum* es del año 249. Genadio (*de Script. Eccles. 15*) dice de él: *Scriptit, mediocri sermone quasi versu, librum adversus paganos. Et quia parum nostrarum attigerat litterarum, magis illorum destrueret*